

sus enemigos; dió á Mohamed la alcaidía de Alhama, confirió á Obeidala el gobierno de Jaén, halagó á todos los jefes de tribu y á cuantos pueblos logró reducir á su obediencia, que fueron más de doscientos, visitó detenidamente el país de Elvira, y al entrar triunfante en Córdoba, no pudo presentar á la muchedumbre largas traíllas de esclavos ni carros llenos del botín de las batallas, pero tuvo el placer de llevar consigo el corazón de millares de súbditos que bendecían á la vez sus coronados estandartes y su política clemencia.

Sin esta noble conducta del califa hubiera sido quizá difícil poner fin á guerra tan larga y enconada por crueles venganzas, capaces de irritar aun á los de menos ardiente sangre. Hase visto ya la desgraciada muerte del hermano de Said-ben-Soleimán, herido y hecho prisionero en la vega de Granada: ¿el hierro ardiente que taladró sus ojos no había de encender en ira el pecho de los vencidos en el combate? Aun con el sistema de Abdelrhamán retoñó pronto la guerra en la misma serranía de Ronda, donde se sublevaron de nuevo más de cien pueblos contra el califato. Acostumbrados ya estos á la vida azarosa, no sabían acomodarse á la paz; y al verse atropellados por un wasir que pasó á cobrar con crecida escolta los atrasos de los tributos vencidos, tomaron las armas con más furor que nunca, aclamaron por caudillo al mismo alcaide de Alhama, á quien habían aclamado ya en la pasada lucha, y fortificando á toda prisa las cumbres de las Alpujarras, desafiaron desde ellas el poder de Córdoba. Viéronse luégo acosados por el mismo emir, que lleno de despecho por la que él llamaba alevosía de Mohamed, salió de su corte, apenas recibida la noticia, con grandes escuadrones de caballería y la tropa de Algafdat, Ecija y Porcuna; pero encerrados en los castillos de sus cerros lograron burlar los esfuerzos y el valor de aquel guerrero ilustre, que después de haber tomado las fortalezas de Baga y Bogiana, cansado de escaramuzas y refriegas parciales, se retiró á Jaén y encargó á Labi-ben-Obeidala la continuación de la guerra.

Bajaron á la llanura apenas vieron lejos de sí á Abdelrhamán, y aunque dieron á poco con Labi y salieron vencidos en la batalla, fué tal la astucia con que supieron emprender la retirada, que lograron meter al vencedor en angosturas y tomar en ellas sangrienta venganza de su derrota. Destruyeron no sólo el ejército de Labi, sino también el del califa, volviendo á quedar en breve dueños absolutos de su reino.

Confuso el wálí de Jaén no se atrevió á comunicar á Córdoba noticias tan fatales: llamó en su socorro al de Carmona y á los alcaides de Algafdat y de Porcuna, y volvió á abrir con ellos la campaña, deseoso de lavar con sangre enemiga la mancha que había recibido. Acometió por diferentes puntos á los rebeldes; peleó con ardor y hasta con ira; pero no pudo conseguir ventaja contra el bravo alcaide de Alhama, que le arrolló en repetidos encuentros, y después de haber arrojado de sí las tropas reunidas de los dos principales caudillos sorprendió la importante ciudad de Jaén, y la redujo á sus armas con asombro de sus mismos contendientes.

Fué este, sin embargo, el último triunfo de los rebeldes. Al oír el califa al mensajero que le llevó tan infausta nueva, cuentan que le agasajó como si le hubiese llevado la de una gran victoria; no descuidó sin embargo ni un solo punto remediar este quebranto. Juntó las tropas de Córdoba, y tomando su caballo de batalla partió para Jaén, sitió la plaza y obligó á sus enemigos á que huyeran despavoridos á guarecerse en las quebradas de los montes. Cargó sobre ellos, principalmente sobre los que se dirigieron con Mohamed al Mediodía; pero no pudo impedir que llegasen á Alhama y se encerrasen en su grandiosa fortaleza. Conoció al verlos allí cuán difícil había de ser vencerlos sin derramar á torrentes la sangre de sus soldados; pero no por esto desistió de su empeño. Lleno de cólera al ver que un puñado de árabes revoltosos detenía á cada paso su marcha vencedora contra los cristianos del Norte, sentó sus reales ante Alhama, y juró no levantarlos hasta ver la cabeza

de Mohamed sobre la espada de uno de sus valientes. Mostróse en aquel sitio como en todos infatigable: daba todos los días asaltos más sangrientos, y al ver la desesperada defensa de los cercados y la matanza de los suyos, no hacía más que aumentar su ardor y sed de venganza. Desesperábale hasta la prolongación del sitio, y resuelto á no sostenerlo por más tiempo, mandó abrir brechas en las murallas con vigas y hogueras, logrando así dar entrada en el pueblo á sus soldados, que, apenas se vieron vencedores, lo pasaron todo á fuego y sangre, no dejando con vida ni á uno solo de los vencidos. Encontróse después á Mohamed exhalando entre cadáveres sus últimos suspiros; y cumpliendo Abdelrhámán su juramento, mandó cortarle la cabeza y la envió á Córdoba con la noticia de su triunfo.

Muerto Mohamed, á quien llamaban últimamente los suyos el Somor, desmayaron los rebeldes de las serranías, y no tardaron en presentarse al califa, á quien cupo de esta suerte acabar para siempre tan desastrosa guerra. Pasaron entonces los vencedores de Alhama á Granada, allí permanecieron algún tiempo, admiraron la bella posición de este pueblo entre el Genil y el Darro, su frondosa y dilatada vega y sus jardines pintorescos; y después de haber echado los cimientos de una espaciosa mezquita que mandó construir Abdelrhámán, salieron camino de Toledo dejando sosegada del todo esta parte de Andalucía.

Duró la paz en estas provincias algo más de un siglo. Alcanzaron entonces un alto grado de prosperidad bajo la poderosa mano de Abdelrhámán, de Alhakem II y del hadjeb Almanzor, cuyo cuerpo se hubiera podido cubrir con el polvo recogido en los campos de batalla. Animó la agricultura los campos, que aún hoy revelan los esfuerzos de aquel siglo; cubrieron los olivos con su sombra las orillas del Guadalquivir; creció y fructificó la vid en las risueñas costas de Málaga; árboles de otros climas poblaron los montes; produjo la tierra pingües frutos

hasta en las frías gargantas de Sierra Morena. Alzóse sobre cada barranco un puente; abrióse en Granada y en otros puntos dilatadas acequias que esparcieron la vida por tan fértiles comarcas; levantóse á millares los cortijos, prueba evidente de lo aprovechadas que habían de estar aun las tierras en que reinan hoy la soledad y la muerte. Creció notablemente la riqueza pecuaria; numerosas cabañas de ganado que apacentaban durante el verano en las sierras del Norte, bajaron al asomar el invierno á la llanura.

Hubo desde entonces animación dentro de estas provincias, ya en los montes del interior, ya á lo largo de las costas. Resonaba el pico del minero en las sierras de Jaén, de cuyas entrañas se extraía preciosos metales, y en las de Málaga y Bejar, que encerraban en su seno el rubí ó sea el yakut ahmar de los árabes. Corrían junto á las orillas del mar numerosas navecillas destinadas á la pesca del coral, entre las cuales se veía asomar buques de alto bordo que iban y venían de las costas de la Mauritania. Las costas de Almería rebosaban de gente consagrada á los trabajos navales ya desde los tiempos de Abdelrhámán I, que fundó en ella un arsenal grandioso. Ocupada continuamente la atención de los califas en las guerras de África, donde alcanzaron tan brillantes triunfos, era aquella una de las que más debían reparar los quebrantos de la armada, y esto le comunicaba vida y movimiento.

Participaron además estas provincias de la luz que estaba arrojando de sí la corte de Córdoba, donde acudían los más sabios árabes de Oriente y de Occidente atraídos por el brillo y la generosidad de los califas. Las letras en aquella corte gozaban de grande estima: había en ella desde los tiempos de Alhakem la mejor y la más numerosa biblioteca del orbe, y desde los de Almanzor un establecimiento casi universitario. Buscaban los mismos príncipes la amistad de los que sobresalían en algún ramo de las ciencias. Era sobre todo apreciada la poesía: los califas eran casi todos poetas, y el laúd solía abrirse

en palacio más paso que la espada. Un canto que revelase inspiración y genio levantaba á veces á un joven desde el polvo á las gradas del trono. Colocó Alhakem en los más altos puestos á los mejores poetas, y Almanzor los llevaba siempre consigo en aquellas expediciones militares que llenan las más brillantes páginas de la historia de aquellos días. Con tanta protección á las letras florecieron escritores célebres en las principales ciudades de España, sobre todo en las de estas provincias, situadas bajo un bello clima y á corta distancia de la corte. Produjo entonces Málaga uno de los primeros historiadores; Elvira, Granada y Jaén, poetas que hicieron resonar sus bellos y entusiastas cantos bajo las doradas bóvedas del alcázar de Zahara. Fué durante muchos años la gloria de Jaén Ahmed-ben-Faraj-el-Djaheni, célebre por sus enérgicas imitaciones de los poemas épicos orientales, y notable entre todos por la sublimidad de su estilo y la cultura y elegancia de su lenguaje; fué de Elvira Ebn-Isa-el-Gaiani, que á su vuelta de Egipto y otros países del Oriente que había recorrido por orden de Alhakem, presentó á este califa su geograffa y una descripción en verso de las cercanías de su patria; fué de la misma ciudad Asdi, el que escribió aquella inscripción tan sentida sobre la tumba de Said-ben-Soleimán, otro poeta esclarecido, hermano, como ya llevamos dicho, del caudillo que hizo cegar Abdala después de la fatal jornada de Loja.

Prosperaba todo en aquel período; mas en medio de tanta prosperidad había germen de destrucción y muerte para aquel Imperio, en cuya agonía habían de volver á ser estas provincias teatro de las más vivas luchas. Mientras el hadjeb Almanzor, que no era sino un ministro, estaba asordando África y España con el estruendo de sus batallas, vivía en niñez perpetua dentro de los salones de Zahara el califa Heschem II, enteramente ageno á los negocios del Estado, y sin llegar á conocer siquiera la nación cuyo gobierno le había confiado Alhakem su padre. Almanzor y aun su primer hijo Abdelmelec, que le sucedió en

el cargo de hadjeb después de su muerte, supieron usar con gloria y provecho de su país del poder usurpado; pero Abdelrhamán, que no conservaba de su padre Almanzor sino la gallardía, quiso emplearlo ya más en pro suya que en la de su patria, y con el afán de hacerse declarar sucesor del califa abrió la puerta á una guerra fatal que costó al Imperio la sangre de sus mejores hijos. Mohamed-ben-Hescham, biznieto de Abdelrhamán III, sabedor de los intentos del nuevo hadjeb, pretendió ser de derecho sucesor al trono, y acaudillando cuanta gente pudo, entró á mano armada en Córdoba, se apoderó del califa, á quien dió por muerto, se hizo proclamar emir de los fieles, destituyó á cuantos creyó que podían ser sus enemigos, y desterró del palacio y aun de la corte á todos los zenetas, que eran los guardias del califa.

Fué principalmente este destierro el que dió lugar á las más feroces escenas. La guerra dejó de ser personal y pasó á ser de raza; y empezó en toda España una serie de luchas civiles en que estaban de una parte los árabes puros y de otra las demás familias musulmanas. Arrojadlos los zenetas de Córdoba á viva fuerza, encuentran apoyo en D. Sancho, conde de Castilla, bajan al camino de Córdoba acompañados de este príncipe y de gran número de caballeros cristianos, tropiezan en Jabalquinto con el ejército de Mohamed, traban con furor la batalla, y en horas dejan en el campo veinte mil soldados cordobeses. Persiguen luego á Mohamed hasta los llanos de Bailén, se dirigen á Córdoba, que les abre desde luego las puertas, entran días después en ella, y proclaman califa á Soleimán-ben-Alhakem, que había sido su caudillo desde su primera salida de la corte.

Sabida la noticia de este encumbramiento, no hubo ya quien bastase á detener las tribus árabes. Alzáronse en las provincias granadinas las que vivían en las Alpujarras, siendo tal la saña con que en muchas ciudades se miró á los africanos, que el pueblo de Málaga al sublevarse contra el nuevo califa preten-